

Cuando los pobres sufren

Para muchas familias esta Navidad estará marcada por la situación de dolor y sufrimiento provocado por el desempleo y la pobreza que padecen. Los Bancos ya tienen beneficios y las grandes empresas han recuperado sus cotizaciones en Bolsa, pero los trabajadores, especialmente los más pobres, siguen atenazados por la angustia.

La acción del Gobierno ha sido decisiva poniendo en manos de la Banca ciento sesenta mil millones para que saneara sus cuentas y facilitara créditos a las empresas y a las familias. La Banca ha utilizado ese dinero para comprar deuda pública y otros productos financieros. Algunos cálculos afirman que por este procedimiento la Banca ha ganado seis mil millones de euros. En cambio, muchas pequeñas empresas y familias se han hundido por falta de crédito.

El desempleo es la cara más dramática de esta situación, porque manifiesta la imposibilidad de hacer frente a la vida. Familias, individuos y jóvenes viven la angustia del desempleo. La tasa de paro de los jóvenes entre 16 y 19 años ha pasado del 24,3% al 56,8% en los hombres, y del 36,7% al 55,6% en las mujeres. Jóvenes sin futuro, que siguen el camino de sus padres como si de una enfermedad genética se tratara, cuando sólo son víctimas del pecado personal y estructural.

La Iglesia hemos sabido responder a esta situación. Es espléndida la actuación de Cáritas, doscientos millones de euros en 2008, un 8% más que el año anterior. Este año será más aún el dinero que Cáritas dedicará a socorrer a los pobres, a denunciar su situación y las causas de la misma, a concienciar sobre la injusticia que padecen. Pero Cáritas es sólo nuestro buque insignia, junto a ella hay una multitud de personas, instituciones, movimientos de la Iglesia que han hecho suya la causa de los pobres y comparten con ellos dinero, tiempo, trabajo y vida. Es justo dar gracias a Dios por este don suscitado en su Iglesia.

Es necesario que la Iglesia tomemos conciencia del valor que tienen las imágenes en la «sociedad de la imagen», pues mientras que esta acción de la Iglesia no ha sido suficientemente valorada ni reconocida, ha tenido honda repercusión la foto del Cardenal Rouco y de mon-

señor Martínez Camino junto con los banqueros y directores de las empresas del Ibex 35 para apoyar la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ). Según «Ecclesia», Alierta, presidente de Telefónica; y Botín, del BSCH, manifestaron su deseo de apoyar la JMJ, entre otras cosas, «por la enorme promoción de valores entre la propia juventud española».

Es difícil tener fuerza moral para hablar de valores cuando millones de familias están hipotecadas de por vida víctimas de la burbuja financiera; cuando miles de familias están siendo desahuciadas de su vivienda porque no pueden pagar la hipoteca; cuando millones de trabajadores y familias están en paro y otros llegan al suicidio ante las explotadoras e inhumanas condiciones de trabajo. Estas empresas son responsables de haber perpetrado uno de los mayores cambios de valores de nuestra sociedad: convertir el dinero en generador de dinero, eliminando el trabajo humano y condenando así a millones de familias a la miseria y a la desolación.

Posiblemente, el apoyo de estas empresas sea fundamental para la organización de la JMJ. Pero la Iglesia, que queremos ser pobre y de los pobres, estamos obligados en estos momentos históricos a denunciar esta negación de la vida humana y exigir la restitución de sus condiciones de vida en virtud del destino universal de todos los bienes querido por Dios, incluidos los generados con la especulación financiera.

Cuando los pobres sufren, los profetas son una necesidad. ■

